

**«MELIOR AURO». ACTAS DEL IX CONGRESO  
INTERNACIONAL JÓVENES INVESTIGADORES  
SIGLO DE ORO (JISO 2019)**

**Carlos Mata Induráin y Miren Usunáriz Iribertegui (eds.)**





LAS MUJERES EN LA PRODUCCIÓN ARTESANAL  
MADRILEÑA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII:  
ENTRE LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA\*

*Alba Gómez de Zamora Sanz*  
*Universidad Complutense de Madrid*

A lo largo de los siglos XVI y XVII, el trabajo de las mujeres en la producción artesanal en los oficios vinculados a las artes estuvo, en parte, determinada por los preceptos jurídicos, morales y biológicos que trataron de implantarse en las sociedades del Antiguo Régimen, y que generaron unas específicas circunstancias para el desarrollo del trabajo femenino. La historiografía tradicional ha tomado esto como justificación para afirmar que la ausencia de mujeres dedicadas a las artes durante estas fechas fue debida a su imposibilidad de acceder al mercado del trabajo. Sin embargo, esas determinadas coyunturas tuvieron como consecuencia, más bien, que el trabajo de las mujeres se introdujese, en gran medida, en el ámbito privado, desarrollándose dentro de los talleres familiares. Y es que las circunstancias, principalmente económicas, no permitieron a la mayoría de familias prescindir de ninguno de sus miembros para contribuir a la supervivencia económica de todo el conjunto doméstico.

\* El presente texto forma parte del Trabajo de Fin de Máster de la autora, dirigido por la Dra. Beatriz Blasco Esquivias en la Universidad Complutense de Madrid, y presentado en junio de 2019. Investigación que en la actualidad sigue desarrollándose como tesis doctoral, en el marco del programa de Doctorado en Historia del Arte de la misma universidad.

Publicado en: Carlos Mata Induráin y Miren Usunáriz Iribertegui (eds.), «*Melior auro*». *Actas del IX Congreso Internacional Jóvenes Investigadores Siglo de Oro (JISO 2019)*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2020, pp. 127-137. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 59 / Publicaciones Digitales del GRISO. ISBN: 978-84-8081-685-4.

El objetivo de estas páginas es exponer algunos aspectos de la disociación teórico-práctica de la realidad del trabajo artesanal femenino en el Madrid de los siglos XVI y XVII, atendiendo a los aspectos de la situación de las mujeres que estuvieron determinados por factores jurídicos, morales y biológicos, para contribuir a dilucidar cómo los preceptos teóricos que trataron de implantarse desde las esferas de poder afectaron a la cotidianidad de las mujeres artesanas y a los núcleos familiares de los que formaron parte.

En el Antiguo Régimen, la situación jurídica de las mujeres —como la de los hombres—, anclada en el derecho romano y canónico y determinada también por las prácticas consuetudinarias, quedaba estrechamente unida a la institución familiar, concentrada, en la mayoría de los casos, en el régimen económico del matrimonio. Económico porque, aunque la literatura de la época narre en ocasiones la historia de la joven que se niega a contraer el matrimonio decidido por los padres para lanzarse a la aventura del amor verdadero, posiblemente esto fuese más un argumento narrativo que una realidad histórica que, si bien se cumplía en alguna ocasión, debería tomarse como excepción. Así, la realidad es que las uniones nupciales tuvieron un marcado carácter corporativo y se conformaron como una cuestión patrimonial, determinada por los intereses económicos de los conjuntos familiares de los que los cónyuges formaban parte<sup>1</sup>. De ahí, en cierta medida, la marcada endogamia presente en prácticamente todas las clases sociales<sup>2</sup>.

Como espacio jurídico, la familia quedaba determinada por la patria potestad, por la legislación estatal que la apoyaba y por la relación entre estas dos, es decir, entre la autoridad gubernamental y la familiar, que tenía como objetivo propiciar el sometimiento de la esposa y de los hijos e hijas<sup>3</sup>. La legislación consideraba a las mujeres bajo la misma categoría que a los menores de edad en la mayoría de los casos, aunque hubiesen alcanzado los 25 años en los que se establecía el comienzo de la etapa adulta, quedando bajo la potestad de padres o

<sup>1</sup> Bravo Lozano, 1992, p. 9; Rodríguez Sánchez, 1990, p. 369.

<sup>2</sup> Aunque la endogamia suele tomarse como elemento característico de las clases sociales más altas —nobleza y realeza—, también se dio dentro de los estratos sociales menos elevados, y dentro del artesanado urbano, tuvo lugar como forma de garantizar la estabilidad económica y la perpetuación de los negocios familiares que permitían la supervivencia del conjunto doméstico.

<sup>3</sup> Rodríguez Sánchez, 1990, p. 369.

sus consortes, varones, que muy generalmente se encargaban de la administración de las propiedades de su hija o esposa, sobre las que ella no tenía, jurídicamente, poder de decisión<sup>4</sup>.

También dominaba el esposo a la mujer en otros aspectos, que iban desde el control económico de los bienes personales y matrimoniales, hasta el social y cultural determinado por la diferente educación recibida, además del psicológico e incluso físico, pues «[...] en última instancia siempre existía para el hombre la posibilidad del recurso a la fuerza»<sup>5</sup>. Así, teólogos como Tomás Sánchez, determinaban que

los cónyuges no son iguales en el acto conyugal ni en el trato doméstico, si hablamos de igualdad cuantitativa; pero lo son proporcionalmente [...]. Se confirma la primera parte porque en el coito el hombre hace lo más noble, es el agente verdadero, y la mujer solo paciente; en la casa el hombre es la cabeza y manda, y la mujer obedece [...]. De que se infiere que si la mujer tiene odio a su marido peca mortalmente con dos malicias distintas en especie, una contra la caridad por ser su próximo y otra contra la piedad por ser su marido y superior<sup>6</sup>.

Además, dentro de la institución familiar eran diferentes las funciones que debían desempeñar los hombres y las mujeres, pues mientras que del varón se esperaba que se ocupase del trabajo fuera de la casa, a la mujer correspondía cuidar de la descendencia y ocuparse de las tareas domésticas<sup>7</sup>. Según fray Luis de León, el hombre no podía dedicarse a los asuntos de la casa porque «no lo lleva su condición», siendo la mujer la responsable de ello, un reparto de papeles para que, «prestando cada uno dellos al otro su condición, se conservasen juntos los que no se pudieran conservar apartados»<sup>8</sup>. Así, el papel de las mu-

<sup>4</sup> Friedman, 1986, p. 48.

<sup>5</sup> Vigil, 1994, p. 104.

<sup>6</sup> Sánchez, *Controversias del santo sacramento del matrimonio*, p. 41.

<sup>7</sup> «Lo primero que se ha de mirar en el marido es que sea reposado en el hablar, manso en la conversación, fiel en lo que se le confiere, prudente en lo que aconsejare, cuidadoso en proveer su casa, diligente en procurar su hacienda, sufrido para sufrir nuestras importunidades, celoso en criar a sus hijos, recatado y aún celoso en las cosas de su honra, y muy cierto con todos los que trata. [...] Ha de saber también la mujer regir bien su casa y familia. Conviene, a saber: coser, labrar y cocinar, y barrer, y fregar y todas las otras cosas que en casa son necesarias» (Luján, *Coloquios matrimoniales del licenciado Pedro de Luján...*, pp. 21, 26).

<sup>8</sup> Fray Luis de León, *La perfecta casada*, pp. 16-17.

jeros dentro del marco familiar, quedaba determinado, teóricamente, por el cuidado de la casa y la reproducción de la especie, quedando al margen cualquier otro cometido<sup>9</sup>.

Esta relegación y supeditación de las mujeres estuvo respaldada también por las teorías científicas vigentes en el momento, que consideraban que la mujer, biológicamente, era más débil, vulnerable e imperfecta que el hombre. Esto se fundamentó en la teoría de los humores, basada en los preceptos establecidos por Empédocles de Agrigento en la Grecia del siglo V a. C. y ampliada posteriormente por Hipócrates de Cos y Galeno de Pérgamo, que tuvo una gran difusión en la medicina ulterior, manteniéndose vigente durante toda la edad moderna, e incluso hasta llegar el siglo XIX<sup>10</sup>.

Esta teoría afirma que la naturaleza se conforma a partir de cuatro elementos a los que se asocian dos características respectivamente: el aire es húmedo y caliente; el agua, húmeda y fría; la tierra, seca y fría; y el fuego, seco y caliente. Combinados, se consideraba que estos elementos daban lugar a una serie de humores que conforman el cuerpo, también asociados a esas cualidades y, por tanto, a los ya mencionados componentes. Así, la sangre es caliente y húmeda, como el aire; la bilis es caliente y seca, como el fuego; la melancolía es seca y fría, como la tierra; y la pituita es húmeda y fría, como el agua. Según se combinasen esos humores en cada cuerpo, la persona tendría una serie de características —temperatura, textura o color de piel—, siendo así sanguínea, flemática, melancólica o colérica<sup>11</sup>.

Las diferencias según la combinación de humores, se pensaba, también eran determinantes para el sexo del individuo, y mientras que en los hombres predominaban las cualidades de cálido y seco, en las mujeres había una mayor presencia de frío y húmedo, que, por ser más negativas, hacían a los individuos menos fuertes y perfectos. El hombre quedaba así vinculado con la perfección, a imagen y seme-

<sup>9</sup> Sobre todo, con el cambio que supuso el paso del feudalismo al capitalismo, las mujeres dejaron de ser consideradas como fuerza de trabajo para serlo como reproductoras del mismo, pues eran ellas las que daban a luz a los trabajadores. Esto tuvo como consecuencia la persecución de todas aquellas mujeres que trataron de oponerse a ello —a través, entre otros mecanismos, de la «caza de brujas»—, y la puesta en marcha de todos los resortes necesarios para que esas ideas se estableciesen en la sociedad. Para este asunto, véase Federici, 2018.

<sup>10</sup> Díaz Mejías, 2018, pp. 63-68.

<sup>11</sup> Díaz Mejías, 2018, pp. 66-68.

janza de Dios, mientras que la mujer, imperfecta, quedaba subordinada al hombre<sup>12</sup>. Por ello Luis Vives afirmaba:

Naturalmente el semen del hombre es recibido en el vientre maternal, si tiene calor suficiente el hombre engendra varón y de otro modo la mujer. Por ello, por defecto de color vivo la mujer es más imbécil por naturaleza, menor en seriedad, más caduca, miedosa, por lo que ha de ocuparse en el cuidado de pequeños negocios<sup>13</sup>.

Ello refleja que todas estas convicciones también estuvieron apoyadas por teólogos y moralistas que, a través de sus escritos, trataron de difundir unos ideales de mujer basados en su consideración como seres inferiores y dependientes, ligados a una serie de atributos directamente vinculados con la reproducción y el cuidado del hogar. Por ello fray Luis de León, en *La perfecta casada*, hace esta consideración:

¿Por qué les dio a las mujeres Dios las fuerzas flacas, y los miembros muelles, sino porque las crió no para ser postas, sino para estar en su rincón asentadas? Su natural propio pervierte la mujer callejera [...]. Y pues no las dotó Dios, ni del ingenio que piden los negocios mayores, ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, mézclense con lo que son y conténtense con lo que es de su suerte, y entiendan en su casa, y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola. Como son los hombres para lo público, así las mujeres para el encerramiento, y como es de los hombres el hablar y el salir a la luz, así de ellas el encerrarse y encubrirse<sup>14</sup>.

Sin embargo, en algunos casos las mujeres pudieron liberarse de algunos de estos preceptos, adquiriendo cierta libertad jurídica, como sucedió con las viudas o aquellas mujeres que habían quedado al frente del grupo familiar debido a la ausencia del cabeza de familia, tal y como determinaba la Ley LIX de las *Leyes de Toro*, afirmando que

cuando el marido estuviere ausente, y no se espera de próximo venir, o corre peligro en la tardanza, que la justicia con conocimiento de causa siendo legítima, o necesaria, o provechosa a su mujer, pueda dar licencia

<sup>12</sup> Díaz Mejías, 2018, pp. 68-69.

<sup>13</sup> Fragmento extraído de la obra *De officio mariti* de Luis Vives, publicada en 1529, citado en Díaz Mejías, 2018, p. 68.

<sup>14</sup> Fray Luis de León, *La perfecta casada*, p. 63.

a la mujer que el marido le había de dar, la cual, así dada, valga como si el marido sea<sup>15</sup>.

Esa toma de dirección familiar por parte de las mujeres bajo determinadas circunstancias se tradujo también en la asunción de la gestión de los negocios familiares, en el caso de que tras la desaparición del varón que hasta el momento los había dirigido, continuasen en marcha. Negocios en los que ellas, en muchos casos, habían participado activamente con anterioridad, como forma de contribuir al sostenimiento económico del conjunto doméstico. Pues, considerando los obradores como negocios familiares —entendiendo *familia* no como en la actualidad, sino como en los siglos que aquí nos ocupan, como «la gente que un señor sustenta dentro de su casa»<sup>16</sup>—, se comprende que todos los miembros del conjunto doméstico contribuyeran a las actividades allí desarrolladas, como forma de contribuir a la supervivencia económica del grupo.

Y también las mujeres que, en el ámbito de los talleres artísticos, desempeñaron funciones como artífices, administradoras e intendentes, o como sujetos clave para la transmisión de los oficios y el fortalecimiento de los obradores a través de los vínculos matrimoniales<sup>17</sup>. A pesar de ello, en el caso de los oficios artesanales, la responsabilización por parte de mujeres de los talleres y tiendas contó con unas específicas restricciones, derivadas de la problemática vinculada directamente a su sexo.

En este sentido, el mercado de trabajo madrileño durante el período que nos ocupa se vio determinantemente influido por el establecimiento de la corte en la ciudad en 1561, que no solo generó un aumento demográfico que propició la multiplicación del número de trabajadores y trabajadoras, sino que además provocó un incremento de la demanda de manufacturas artísticas requeridas, principalmente, por personas adscritas a las clases sociales más altas, muchas de ellas

<sup>15</sup> Espino, *Leyes de Toro. Quaderno de las Leyes de Toro y Nuevas decisiones, hechas y ordenadas en la ciudad de Toro, sobre las dudas de derecho que continuamente solían y suelen ocurrir en estos reinos*, pp. 25-26.

<sup>16</sup> Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, p. 831.

<sup>17</sup> Para este asunto, véase Gómez de Zamora Sanz, 2019.



llegadas a Madrid a raíz del asentamiento cortesano. Ambos factores contribuyeron a la expansión económica<sup>18</sup>.

Sin embargo, durante las siguientes décadas, especialmente al entrar el siglo XVII, comenzó a generarse un proceso de crisis que, entre otras consecuencias, pudo tener como resultado que se generase una división sexual del trabajo como reacción de los trabajadores ante la competencia que suponían las trabajadoras, cuya ocupación en los oficios que aquellos desarrollaban se movía dentro de unos parámetros de igual calidad, pero menor remuneración<sup>19</sup>. Esto pudo provocar que ellas comenzasen a quedar relegadas a un mercado laboral secundario, descualificado, de baja consideración y peor retribuido que el masculino<sup>20</sup>. Una división que coincidiría con la consolidación del sistema gremial madrileño, cuando los trabajadores comenzaron a agruparse en corporaciones de oficios que también contribuyeron a que, paulatinamente, y para regular esa competencia, la presencia de las mujeres en las mismas fuese limitada o prohibida<sup>21</sup>.

<sup>18</sup> Para este asunto, véase Blasco Esquivias, 1998 y Nieto Sánchez y Zofio Llorente, 2015.

<sup>19</sup> Para este proceso, que tuvo lugar en diversas ciudades europeas, véase Honeyman y Googman, 1991. Coincidió, además, con unos momentos en los que el Estado comenzó a tomar una serie de medidas para fomentar el control de las trabajadoras pobres, especialmente las más jóvenes, orientándolas hacia la servidumbre, ocupación que, además, se consideraba idónea por dotarlas de un aprendizaje que posteriormente las ayudaría a cumplir con sus obligaciones como esposas y madres (López-Barahona, 2015, p. 347).

<sup>20</sup> Empleamos el término *comenzaron* porque parece que, durante los siglos anteriores, las mujeres habían tenido, por lo general, una participación en cierta medida más activa y pública en numerosas ocupaciones, tal y como está documentado en algunas ciudades europeas. Según estudió Évelyne Sullerot, «Las mujeres han trabajado mucho en la Edad Media. Si no han gozado de una igualdad total con los hombres [...], han tenido [...] mejores situaciones, relativamente, en comparación con períodos anteriores o siguientes [...]» (1970, p. 53).

<sup>21</sup> A pesar de ello, el conocimiento actual sobre la presencia de mujeres en ordenanzas de oficios vinculados a las artes en Madrid sigue siendo ambiguo, pues también hubo ordenanzas que permitieron la participación de las mujeres, como es el caso de los pintores de sargas, que en 1543 redactaron unas ordenanzas que determinaban, como primera cláusula, lo siguiente: «Primeramente, que ningún pintor ni *pintora* de cualquier calidad o condición que sea no pinte en Madrid ni en su tierra si no fueren desaminados [...]» (AV, Archivo de Villa, 2-309-6). Dio primera noticia de la existencia del documento Agulló y Cobo, 1978, pp. 193-194. El subrayado es nuestro.

Por todo ello las mujeres, consideradas seres inferiores física, biológica e intelectualmente, desde el punto de vista jurídico, moral, religioso y científico, quedaban directamente ligadas a una serie de atributos —debilidad, prudencia, dulzura, obediencia, humildad, maternidad— que acabarían por conformar una determinada imagen de la feminidad que ha perdurado hasta nuestros días, así como a una serie de ocupaciones, especialmente ligadas al cuidado de la casa y la prole, dentro de la institución familiar<sup>22</sup>. Unos preceptos ideológicos que se vieron potenciados a raíz del Concilio de Trento, donde se establecieron una serie de determinaciones que, en Madrid, tras el establecimiento de la corte, trataron de ponerse en práctica a través de «una batería de trabas legales a la actividad en determinados oficios, que puede considerarse un episodio de la “lucha de sexos”»<sup>23</sup>.

Sin embargo, todos los preceptos teóricos que trataron de implantarse, a nivel moral, biológico y laboral, chocaron con la realidad de una sociedad que tenía otras necesidades, de manera que, más bien, fueron, como afirma Victoria López Barahona, artificios retóricos al servicio de los intereses políticos y económicos<sup>24</sup>. Y es que la necesidad de supervivencia económica, parece, no permitió a los conjuntos familiares prescindir de ningún miembro apto para contribuir al sostenimiento del grupo, independientemente de su sexo. Es por ello que la situación de las mujeres durante los siglos XVI y XVII no se rigió por completo por los preceptos lanzados desde las esferas de poder, sino que se desarrolló en ocasiones al margen de los mismos, en un espacio oculto situado en un lugar intermedio entre los preceptos teóricos y los prácticos.

La falta de entidad jurídica y la incapacidad para firmar documentos legales que tuviesen que ver con su patrimonio o su persona, no eximió a las mujeres de ser propietarias de herencias o responder como fiadoras ante sus esposos en algunas ocasiones, como tampoco las inhabilitó para hacerse cargo de los aspectos económicos de las casas, los obradores y las tiendas artesanales<sup>25</sup>. Y su relegación a fun-

<sup>22</sup> Díaz Mejías, 2018, pp. 69-70.

<sup>23</sup> López-Barahona, 2015, p. 97.

<sup>24</sup> López-Barahona, 2013.

<sup>25</sup> Es larga la lista de nombres de mujeres que adquirieron una función de administradoras o intendentes de las casas, los talleres y las tiendas artesanales madrileñas. María de Cuéllar, Ana de Lanchares, María Millet, Manuela del Castillo o María Forero son algunas de ellas (Gómez de Zamora Sanz, 2019, pp. 59-65).

ciones únicamente vinculadas con la reproducción y el cuidado de la prole, fundamentada en cuestiones no solo morales sino también biológicas, no las eximió de contribuir al trabajo artesanal en los obradores de sus propias familias, aunque para ello tuviesen que hacerlo al margen de algunos gremios que trataron de limitar o prohibir su presencia en los oficios, desde la privacidad del ámbito doméstico. Algo sencillo, teniendo en cuenta que la mayoría de los obradores y tiendas estaban ubicados en el mismo inmueble donde se situaban las casas, siendo así el hogar un espacio de habitabilidad, sociabilidad y trabajo artesanal<sup>26</sup>. Con su activo papel en esto último, contribuyeron al sostenimiento de la economía familiar y a la reproductividad social, fomentando a su vez el desarrollo y la difusión de las artes, aunque desde la invisibilidad<sup>27</sup>.

No sería hasta el siglo XVIII, y especialmente en el siglo XIX, cuando se produjo la puesta en práctica, efectiva, del sistema teórico patriarcal que pretendía la relegación de las mujeres al ámbito doméstico y a la realización de tareas únicamente vinculadas con la reproducción y el cuidado hogareño, y cuando estas lo interiorizaron. Y fue debido, fundamentalmente, a tres razones: el fracaso de la institución matrimonial, que tuvo como consecuencia una férrea crítica hacia las mujeres como causantes del mismo; la efectiva separación de los ámbitos doméstico y laboral, que, progresivamente, dejaron de desarrollarse en un mismo espacio físico; y el surgimiento de unas circunstancias económicas que hicieron posible que el trabajo no relacionado con las necesidades de la casa comenzase a ser desarrollado únicamente por mano de obra masculina<sup>28</sup>. En palabras de María Victoria López Córdón, la relegación de la mujer al hogar

se fue cumpliendo en aquellos hogares que constituían una unidad familiar y que gozaban de cierto bienestar económico y en los que la autoridad del cabeza de familia contrastaba con su absoluta dependencia en el orden cotidiano y doméstico<sup>29</sup>.

<sup>26</sup> Franco Rubio, 2009, pp. 68-81.

<sup>27</sup> Pudo ser el caso de la hija de Antonio Arias o las de Matías de Torres, el de Mariana López, María de la Torre, María de Burgos, Margarita Calderón, Isabel de Morales, María Marquesa o Isabel Fernández (Gómez de Zamora Sanz, 2019, pp. 49-58).

<sup>28</sup> Para este asunto, véase Franco Rubio, 2015.

<sup>29</sup> López-Córdón, 1998, p. 114.

Hasta entonces, las mujeres tuvieron un activo papel en la producción artesanal madrileña, contribuyendo con su trabajo en la realización de las manufacturas artísticas a la supervivencia económica de sus grupos domésticos, aunque manteniéndose, en muchas ocasiones, en la ilegalidad de la privacidad hogareña, entre la teoría y la práctica.

#### BIBLIOGRAFÍA

- AGULLÓ Y COBO, Mercedes, *Noticias sobre pintores madrileños de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Departamento de Historia del Arte de las Universidades de Granada y Autónoma de Madrid, 1978.
- BLASCO ESQUIVIAS, Beatriz, «Madrid: utopía y realidad de una ciudad capital», *Madrid. Revista de arte, geografía e historia*, 1, 1998, pp. 47-72.
- BRAVO LOZANO, Jesús, *Familia busca vivienda: Madrid, 1670-1700*, Madrid, Fundación Matritense del Notariado, 1992.
- COVARRUBIAS, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Luis Sánchez, 1611.
- DÍAZ MEJÍAS, Laura, «Las bases científicas de la diferenciación sexual y de género en la edad moderna», *Mundo histórico. Revista de investigación*, 2 (monográfico de estudios históricos de género), 2018, pp. 63-85.
- ESPINO, Diego de, *Leyes de Toro. Cuaderno de las Leyes de Toro y Nuevas decisiones, hechas y ordenadas en la ciudad de Toro, sobre las dudas de derecho que continuamente solían y suelen ocurrir en estos reinos*, Salamanca, en casa de Diego de Cussío, 1605.
- FEDERICI, Silvia, *Calibán y la bruja*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.
- FRANCO RUBIO, Gloria, «La vivienda en el Antiguo Régimen: de espacio habitable a espacio social», *Chronica Nova*, 35, 2009, pp. 63-103.
- FRANCO RUBIO, Gloria, «Las mujeres en el debate social sobre los matrimonios en la España del siglo XVIII», *La Aljaba*, 19, 2015, pp. 37-49.
- FRIEDMAN, Ellen G., «El estatus jurídico de la mujer castellana durante el Antiguo Régimen», en María Carmen García-Nieto París (ed.), *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres: siglos XVI al XX*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid (Seminario de Estudios de la Mujer), 1986, pp. 41-54.
- GÓMEZ DE ZAMORA SANZ, Alba, *El papel de las mujeres en los talleres artísticos de la villa de Madrid (1561-1700)*, Trabajo de Fin de Máster inédito, dirigido por la Dra. Beatriz Blasco Esquivias, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2019. Disponible en: <<https://eprints.ucm.es/56994/>>.
- HONEYMAN, Katrina, y GOODMAN, Jordan, «Women's Work, Gender Conflict and Labour Markets in Europe, 1500-1900», *Economic History Review*, 44.4, 1991, pp. 608-628.

- LEÓN, fray Luis de, *La perfecta casada*, Salamanca, en casa de Juan Fernández, 1583.
- LÓPEZ-BARAHONA, Victoria, *Las escuelas-taller: aprendizas, oficiales y maestras de niñas en la industria textil madrileña del Setecientos*, VI Premio de Investigación de Historia de las Mujeres de la Asociación Española de Investigación Histórica de las Mujeres y la Asociación de Historia Social, 2013.
- LÓPEZ-BARAHONA, Victoria, *Las trabajadoras madrileñas del siglo XIII. Familias, talleres y mercados*, Tesis doctoral dirigida por Santos Madrazo Madrazo y José Miguel López García, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2015.
- LÓPEZ-CORDÓN, María Victoria, «Familia, sexo y género en la España moderna», *Studia historica. Historia moderna*, 18, 1998, pp. 105-134.
- LUJÁN, Pedro de, *Coloquios matrimoniales del licenciado Pedro de Luján, en los cuales se trata cómo se han de haber entre sí los casados y conservar la paz, criar sus hijos y gobernar su casa. Tócanse muy agradables sentencias, dichos y hechos, leyes y costumbres antiguas*, Sevilla, en casa de Dominico de Robertis, 1550.
- NIETO SÁNCHEZ, José Antolín, y ZOFÍO LLORENTE, Juan Carlos, «Los gremios de Madrid durante la Edad Moderna: una revisión», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 34, 2015, pp. 47-61.
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Ángel, «El poder familiar: la patria potestad en el Antiguo Régimen», *Chronica Nova*, 18, 1990, pp. 365-380.
- SÁNCHEZ, Tomás, *Controversias del santo sacramento del matrimonio*, vol. II, Madrid, Imprenta Popular, 1887.
- SULLEROT, Évelyne, *Historia y sociología del trabajo femenino*, Barcelona, Península, 1970.
- VIGIL, Mariló, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1994 [1986].